

SAN PEDRO CLAVER

EVANGELIZAR A LOS POBRES, CURAR LOS CORAZONES AFLIGIDOS, PROCLAMAR LA REDENCIÓN DE LOS CAUTIVOS

De las cartas de San Pedro Claver, presbítero – Carta escrita el 31 de mayo de 1627 al Superior. Editor A. Valtierra: *San Pedro Claver, Cartagena 1964, p. 140-141*

Ayer, 30 de mayo de este año de 1627, fiesta de la Santísima Trinidad, desembarcaron de un gran navío muchos negros traídos de las riberas de los ríos de África. Fuimos a su encuentro llevando dos cestos con naranjas, limones, galletas y otras cosas, y nos dirigimos a sus chozas. Parecía como si hubiésemos entrado en otra Guinea. Tuvimos que atravesar una gran multitud hasta llegar a los enfermos, que eran numerosísimos y estaban tendidos en el suelo húmedo y embarrado. Alguien tuvo la idea de cubrirlo con fragmentos de tejas y ladrillos para disminuir la humedad. Tal era la cama de estos infelices, que además estaban desnudos, sin ninguna ropa que los protegiera.

Quitándonos nuestras capas, fuimos a buscar tablas para improvisar una tarima. Luego, abriéndonos paso entre los guardias, trasladamos allí a los enfermos. Después los dividimos en dos grupos: de uno se encargó mi compañero con la ayuda de un intérprete; del otro me ocupé yo. Entre ellos había dos casi moribundos: estaban fríos y apenas se les sentía el pulso. Llevamos brasas en una teja hasta donde estaban, colocamos perfumes sobre ellas hasta vaciar dos sacos que habíamos traído. Luego, cubriéndolos con nuestras capas –pues ellos no tenían nada con qué taparse y no podíamos perder tiempo pidiendo ropa a sus dueños– conseguimos que inhalaran aquellos vapores, recuperando el calor y la respiración. ¡Era conmovedora la alegría con que nos miraban!

Así les hablamos, no con palabras, sino con obras; porque, en realidad, estando ellos convencidos de que habían sido traídos para ser comidos, de nada habrían servido nuestros discursos. Luego nos sentamos o nos arrodillamos junto a ellos, les lavamos los rostros y los cuerpos con vino, procurando animarlos con ternura y hacer por ellos lo que naturalmente se hace para levantar el ánimo de los enfermos.

Después nos dedicamos a prepararlos para el bautismo. Les explicamos los admirables efectos de este sacramento para el cuerpo y para el alma. Y cuando, respondiendo a nuestras preguntas, mostraron señales de haber comprendido, pasamos a una enseñanza más completa sobre el único Dios que premia o castiga según los méritos de cada uno, etc. Los exhortamos a hacer el acto de contrición y a manifestar arrepentimiento por los pecados que hubiesen cometido. Finalmente, cuando nos parecieron suficientemente preparados, les hablamos de los misterios de la Santísima Trinidad, de la Encarnación y de la Pasión; y mostrándoles en una estampa la imagen de Cristo crucificado sobre una pila bautismal, hacia la cual corren los ríos de sangre provenientes de sus llagas, rezamos con ellos, en su lengua, el acto de contrición. (Mt 25,35.40; Jn 15,12).

QUIÉN FUE PEDRO CLAVER

Pedro Claver nació en Verdú (España) en el año 1580; en 1596 comenzó los estudios de Letras y Artes en la Universidad de Barcelona, y en 1602 ingresó en la Compañía de Jesús. En su vocación misionera ejerció una notable influencia sobre San Alonso Rodríguez, portero del Colegio de la Compañía en Palma de Mallorca. Ordenado sacerdote en 1616 en la misión de Colombia, allí ejerció hasta su muerte el apostolado entre los negros esclavizados; se había obligado por voto a ser “esclavo de los negros para siempre”.

Debilitadas sus fuerzas, murió en Cartagena (Colombia) el 8 de septiembre de 1654. Fue canonizado por el Papa León XIII en 1888. En 1896, el mismo Papa lo declaró patrono especial de todas las misiones entre los negros.